

ESCRIBIR EN CATALAN

MARIA AURELIA CAPMANY



Maria Antonia Oliver: «Me creo más novelista. Pienso que el cuento tiene una entidad propia y que el obligado volumen de 200 páginas le es nocivo».

5 ESCRITORES CATALANES HABLAN, 3 SE CALLAN,

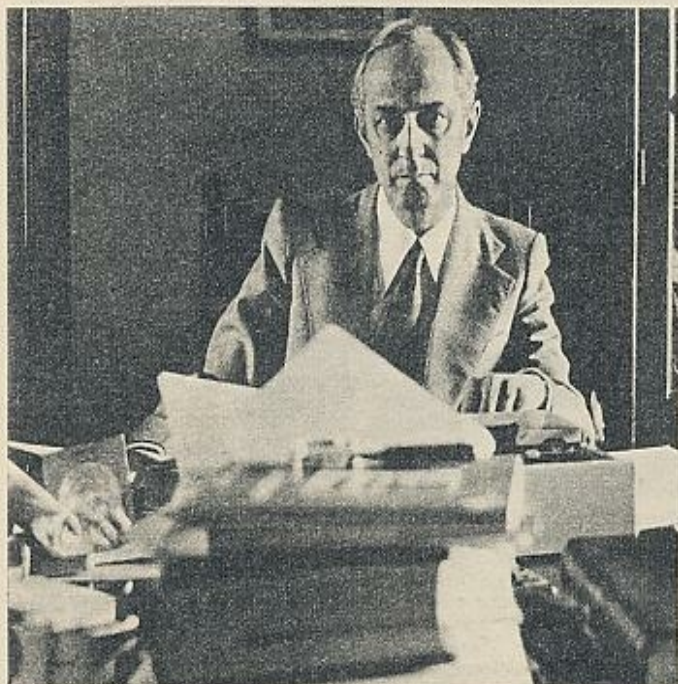
HE aquí un libro que ha armado un cierto revuelo, un revuelo que tiene una consecuencia lógica: despertar el deseo de leer el libro. Confieso que si no hubiera leído las críticas indignadas, un tanto despreciativas y el enfado de Terenci Moix,

yo no hubiera leído el libro de Estanislau Torres y ahora no estaría escribiendo este artículo. Lo estoy escribiendo porque me he dado cuenta de que el revuelo y el libro, los dos juntos, describen una realidad que a veces no podemos observar de tan cercana; aquello del límite de visualidad

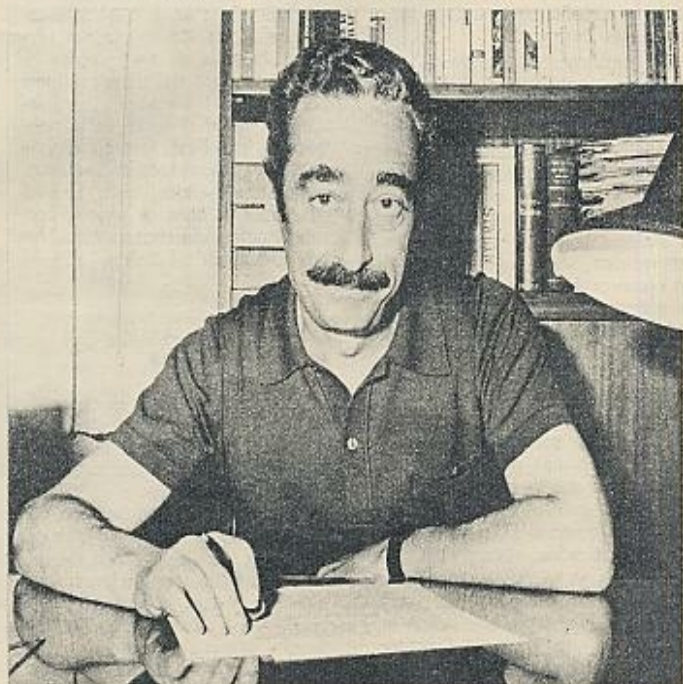
que tienen nuestros ojos. Debo empezar diciendo que los libros magnetofónicos me molestan. «Els escriptors catalans parlen» es un libro magnetofónico. Me molestan los libros magnetofónicos porque me parecen una estafa, algo así como el timo de las misas, porque se basa en la

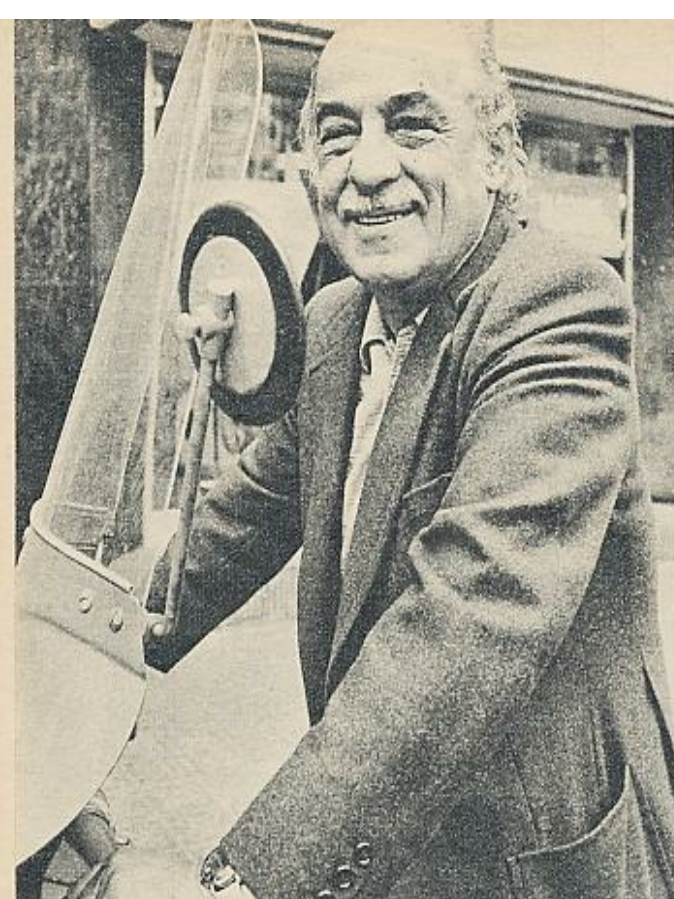
mala fe del timado. Los escritores seremos siempre cuervos dispuestos a perder todos los quesos que hayamos logrado, a fuerza de constancia y trabajo. La zorra llega a tu casa armada de un magnetofón y ¡zas!, se te cayó el queso de tus ideas de tus opiniones, de tus enfados, de tus

J. Vidal Alcover: «Consideré que era un trabajo demasiado largo poner orden en aquel diálogo transformado en monólogo».



Manuel de Pedrolo: «No me has preguntado nada nuevo. Nada en verdad comprometido sobre política, sobre religión...».





Avell Artís Gener: «Escribí un único cuento que ganó, en México, un premio consistente en un coche R-8. No he vuelto a reincidir».



Montserrat Roig: «Creí que se podría compaginar una vida familiar más o menos equilibrada con el hecho de escribir, y en cambio...».

1 SE ENFADA Y LOS DEMAS SE HALLAN AUSENTES

resentimientos, de tus simpatías... La zorra se te lleva el queso, se lo traga y cobra, y tú, desgraciado cuervo vanidoso, tienes que darle todavía las gracias. Supongo que esto seguirá así durante mucho tiempo, y que a mí —mi vanidad no es mayor ni menor de la de mis convecinos—

Jordi Sarsanedas. No se reconoció en el prolijo monólogo.



se me caerá el queso más de una vez.

Pero esto explica que no tengo ninguna simpatía a tales cosas llamadas libros, simplemente porque están impresos.

El libro que me ocupa tiene unas particularidades que lo hacen único. El autor decidió hacer una serie de interviús, entre los cuales el suyo, y trató de encontrar un criterio de certeza que le permitiera seleccionar a los interviuados y a él mismo; este criterio de certeza fue un premio, un premio de narración corta el Víctor Catalá que se ha concedido, año tras año, desde el 1953. No hay duda que se trata de un criterio objetivo de certeza, pero además hay que añadir que en la academia del Víctor Catalá se hallan los mejores narradores de la literatura catalana actual, y me atrevería a decir de los mejores de la literatura de todos los tiempos, ahí están: Mercè Rodoreda, Pere Calders, Jordi Sarsanedas, Jaume Vidal Alcover, ellos bastarían para justificar la existencia del premio y del criterio de certeza.

Pero no terminan aquí las particularidades del libro. El autor decidió hacer una casta de interviú original y por ello imitó un tipo de interviú que ha puesto de moda en nuestras latitudes Baltasar Porcel, Robert Saladrigas y otros. Me dicen que el estilo

—consistente en eliminar las preguntas o las sugerencias del interrogador, dejando al interrogado chapuceando en un monólogo de características paranoicas— proviene de Italia. El interrogador lleva las riendas del monólogo, pero es el monologante el que expresa con sus palabras lo que aparece ante el lector como sus propias obsesiones. Si yo me dedico a preguntar a una tranquila ama de casa que ¿qué opina de los toros y de los toreros, y de las esposas de los toreros, y de las plazas de toros, y de los trajes de los toreros, y del horario de las corridas?... podremos sacar en limpio que la señora quizá no entienda de toros, pero que, evidentemente, se halla obsesionada con la fiesta nacional.

Algo parecido sucede en el libro «Els escriptors catalans parlen», hasta el punto que puedes llegar fácilmente a la conclusión de que los escritores catalanes están excitadísimos, ya que nadie monologa a lo largo de ocho horas si no es bajo el influjo de una seria presión emotiva. Porque además, naturalmente, una cosa es hablar y otra escribir.

Los aficionados a la literatura magnetofónica nos dicen que la grabación permite alcanzar un grado muy elevado de autenticidad. Sabemos que hasta se han intentado narraciones extensas con el uso de la utilísima cassette,

pero pronto podemos darnos cuenta de que la veracidad nada tiene que ver con la reproducción fiel de unos cuantos tacos y tics verbales, un ser humano puede ser más falso blasfemando que construyendo silogismos en Bárbara.

Ahí tenemos, pues, los escritores catalanes (quince), hablando de sus obsesiones, de sus rencores, de su vocación, de su profesionalidad, de sus ediciones, porque, y esto hay que decirlo a favor de Torres, sus obsesiones, las que él introduce subrepticamente en el contexto, eliminado sus preguntas, son algunas de las obsesiones de los interrogados. ¿Cuáles son estas obsesiones?

Si nos atenemos a los comentarios que han hecho del libro Víctor Mora, en «Tele-Express», y Joan Antón Benach, en «El Correo Catalán», deberíamos sacar la conclusión de que se trata de una batalla campal. Víctor Mora se lamenta de que nadie esté de acuerdo con nadie: jóvenes contra viejos, viejos contra jóvenes, escritores contra críticos, contra los premios, contra las editoriales, contra las instituciones que los patrocinan; Joan Antón Benach insiste en el mismo lamento y añade que a lo largo de los quince monólogos hay una constante de resentimiento contra Castellet-Molas. Me temo que mis amigos, cuyos artículos leo con

Usted quisiera tener, estamos seguros de ello, su Banco particular, toda una organización a sus órdenes para resolver sus problemas financieros de acuerdo con sus propios intereses. Un Banco donde usted se encontrará cómodo, como en su casa, donde sus deseos fueran órdenes, donde fuera dueño y señor. Pues... no lo dude: venga a Banesto. Porque Banesto es el Banco particular de muchos como usted, tantos que, sin quererlo, nos hemos convertido en la primera entidad bancaria privada de España.

¿Como ha sido esto posible? Sencillamente, porque cada uno de nuestros clientes tiene en Banesto lo que desea, la mayor atención a sus problemas particulares. Son clientes de Banesto, no porque Banesto sea grande, ni mucho menos, sino porque son muchos y grandes nuestros servicios.

En Banesto, cada uno de nuestros clientes, cualesquiera que sean su edad y pro-

fesión, es un amigo particular a quien se estima y conoce perfectamente, y no un número. Los números sólo los utilizamos para nuestros ordenadores.

Asi estamos más disponibles para ocuparnos de usted y de todos aquellos clientes que, como usted, precisan y exigen la máxima atención y el mejor servicio.

Precisamente, para estar cerca de ellos y atenderlos como se merecen, hemos creado más de 700 oficinas y agencias que forman la

red bancaria más importante de España.

Anímese y venga a visitarnos. En cualquiera de nuestras oficinas encontrará usted a la persona que le aconsejará, al ejecutivo especializado, precisamente, en su problema. El le informará sobre lo mejor para sus intereses particulares. Fórmulas de ahorro o inversión, de importación y exportación... y sobre todos los servicios que Banesto ofrece a sus clientes.

Le esperamos. Una de nuestras oficinas está muy cerca de su casa.



BANESTO BANCO
ESPAÑOL
DE CREDITO

Su banco particular



**¿Es usted
demasiado
individualista
para ser
cliente
de
Banesto?**

ESCRIBIR EN CATALAN

asiduidad, porque suelen ser libres y amenos, esta vez se han dejado llevar por sus propias obsesiones. Víctor Mora sueña con un Parnaso catalán cantando acorde con sus reivindicaciones lingüísticas y no se da cuenta de que no sólo no es nocivo que no estemos de acuerdo, sino que tiene que ser así, es necesario que sea así. ¿Cómo voy a estar de acuerdo con todo aquel que escriba en catalán? Esto sería monstruoso. Luego es lógico que los escritores (los quince) discrepen, se enfaden, se ataquen los unos a los otros. En cuanto a la supuesta tonadilla Castellet-Molas, esto sí que son fantasmas de la imaginación de Benach. De los quince sólo Pere Calders reprocha a Castellet su comisariado de la literatura social, y en cuanto a Molas, sólo recibe las iras de Estanislau Torres, que arremete además contra Porcel, Montserrat Roig, Joan de Sagarra, J. M. Cid-Prat y, sobre todo, contra Moix, que es su gato negro, valga la redundancia («moix», en catalán de las islas, quiere decir gato).

Y lo más interesante del caso es que hallo poca acritud a nivel personal entre los distintos monólogos. Los escritores se quejan, claro está; se quejan de la falta de *mass media*, de la discriminación lingüística, del obligado por unos y soportado por otros, bilingüismo. Y ¡qué lástima que nuestros lamentosos comentaristas no se den cuenta de la cantidad de cosas importantes que dicen los escritores! Pedrolo, por ejemplo; se ríe de la afición que tiene cierta casta de escritores a llamarse a sí mismos profesionales y apunta irónicamente al grado de mala conciencia que les impulsa a justificarse tras la profesión. ¡Qué lástima que no se dieran cuenta de los agudos comentarios que hace Montserrat Roig sobre el antagonismo de la vida de familia y la tarea de escritor! ¡Qué lástima que no se comente lo que dice sobre novela de vanguardia Guillem Viladot, y el propio Pedrolo sobre la distorsión del lenguaje expresivo de la situación desbordada!

El único ataque a nivel personal que registra el libro es el del propio Torres, que acusa a Terenci Moix de ser un Lucien de Rubempré de las letras catalanas, arribista al estilo de los héroes balzacianos, que abandona a sus seducidas y seducidos en cuanto ha logrado el lugar en la cumbre. Moix le contesta desde las páginas de «Tele-Exprés», con su gracejo digno de la Ronda de Poniente, con un artículo titulado Estanislau cabalga de nuevo, en el que le acusa simplemente de ser hombre para poco y así excusa de paso su no intervención en el libro.

¿Por qué no intervinieron los demás, Mercé Rodoreda, Jordi Sarsanedas, Jaume Vidal Alcover? Ignoro las razones de Mercé Rodoreda, las de Sarsanedas y Vidal las sé, porque lo he preguntado, y la respuesta fue sencilla: no hallaron en su atareada existencia el tiempo libre necesario para convertir la amorfa verborrea salida del magnetofón en un monólogo coherente. En este caso podríamos decir que la obsesión de estos escritores ausentes fue el rigor, la precisión, el propósito de síntesis características genuinas del buen cuentista.

El libro, como también ha apuntado Faulí, está lleno de ausencias: un elenco de novelistas que jamás se ha presentado a un concurso de cuentos, escritores que jamás concurrieron a un premio, es decir, toda una posibilidad de opiniones que nos gustaría ver contrastadas. Estoy segura que ellos encontrarían muchas más razones de discrepancia. Y no olvidemos los poetas, por cierto. Los jóvenes foixistas y brossitas que fruncen el ceño al oír la voz poderosa y acusadora de Joan Oliver, que les exhortaba al compromiso con la realidad, tendrían, estoy segura, muchas cosas que decir en contra de todo o casi todo.

Estoy convencida de que si alguien se entretuviera a registrar las opiniones de los escritores catalanes, los encontraría saludablemente divididos. Los que creen que vivimos en un tiempo en que urge el compromiso con la realidad contra los que creen que el compromiso con la realidad quiere decir el acuerdo con las consignas de un grupo... Los que creen que existen unas razones específicas que hacen de un escritor un óptimo escritor, contra los que creen que lo que hace un buen escritor es la corrección del lenguaje y la abundancia del léxico... Los que creen que el lenguaje es un constante proceso de creación, contra los que creen que escribiendo en una de *fregar cayó caldera* ya merecen el título de renovadores... Los que tienen algo que decir y lo dicen en cuanto la autoridad y el tiempo lo permiten (no se olvide que la tarea del escritor es una función pública) y los que viven alerta para decir lo que sea con ritmo de moda... En el libro *Els escriptors catalans parlen* se inician estos temas en el fondo de preguntas más anodinas: «No me has preguntado nada nuevo —dice Pedrolo compungido al final de la entrevista—. Nada que sea auténticamente comprometido sobre política, sobre religión...». El libro hay que leerlo a fondo y entre líneas, pero, ¿es que no hay que leer a fondo y entre líneas en lecturas cotidianas? ■ M. A. C. Fotos: PILAR AYMERICH.

